

## Invención sobre invención: el Caribe y América Latina, América Latina y el Caribe

### Invention over invention: The Caribbean and Latin America, Latin America and the Caribbean

### Invenção sobre invenção: O Caribe e a América Latina, América Latina e Caribe

**Limarí Rivera Ríos**

Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras, Puerto Rico

[limari.riverarios@upr.edu](mailto:limari.riverarios@upr.edu)

#### RESUMEN

La idea del Caribe como región de países ubicados en el mar del mismo nombre ha sido una invención del siglo XX, desarrollada sobre otra invención que le antecede (en el siglo XIX): la de América Latina. El presente trabajo constituirá una aproximación crítica al tema de la invención del Caribe, viéndolo a través de la especificidad de su integración -o suma- a la invención de América Latina. Partirá de diversas miradas, que se articulan desde los ámbitos particulares de la historia, la geografía, la sociología y la literatura; se trata, especialmente, de trabajos de Fabricio Pereira da Silva y Arturo Ardao (sobre América Latina), Antonio Gaztambide y Eduardo Lalo (sobre el Caribe). Para lograr mayor claridad, el artículo se dividirá en tres partes: I. La invención de América Latina, II. La invención del Caribe, III. El Caribe y América Latina, o América Latina y el Caribe. Esta estructura permitirá abordar las ideas sobre la invención de América Latina para luego ver el efecto suma del Caribe en su especificidad geográfica e histórica. El objetivo es reflexionar sobre estos espacios de creación de identidades y su relación con los efectos del colonialismo en el continente.

#### ABSTRACT

The idea of the Caribbean as a region of countries located in the sea of the same name has been an invention of the 20th century, developed on another invention that preceded it (in the 19th century): that of Latin America. The present work will constitute a critical approach to the topic of the invention of the Caribbean, seeing it through the specificity of its integration -or addition- to the invention of Latin America. It will start from various perspectives, which are articulated from the fields of history, geography, sociology and literature; these are, especially, works by Fabricio Pereira da Silva and Arturo Ardao (on Latin America), Antonio Gaztambide and Eduardo Lalo (on the Caribbean). For greater clarity, the article will be divided into three parts: I. The invention of Latin America, II. The invention of the Caribbean, III. The Caribbean and Latin America, or Latin America and the Caribbean. This structure will allow us to address ideas about the invention of Latin America and then see the overall effect of the Caribbean in its geographical and historical specificity. The objective is to reflect on these spaces of identity creation and their relationship with the effects of colonialism on the continent.

Recibido: 27/03/2024 - Aceptado: 24/06/2024 - Publicado: 11/12/2024

#### Citar como:

Rivera, L. (2024). Invención sobre invención: el Caribe y América Latina, América Latina y el Caribe. *Espiral, revista de geografías y ciencias sociales*, 6(11), 101-110. <https://doi.org/10.15381/esprial.v6i11.27731>

© Los autores. Este artículo es publicado por Espiral, revista de geografías y ciencias sociales de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Este es un artículo de acceso abierto, distribuido bajo los términos de la licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional (CC BY 4.0) [<https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.es>] que permite el uso, distribución y reproducción en cualquier medio, siempre que la obra original sea debidamente citada de su fuente original.

## RESUMO

A ideia do Caribe como região de países situados no mar de mesmo nome foi uma invenção do século XX, desenvolvida sobre outra invenção que a precedeu (no século XIX): a da América Latina. O presente trabalho constituirá uma abordagem crítica ao tema da invenção do Caribe, vendo-o através da especificidade de sua integração -ou adição- à invenção da América Latina. Partirá de diversas perspectivas, que se articulam a partir dos campos particulares da história, da geografia, da sociologia e da literatura; são, especialmente, trabalhos de Fabricio Pereira da Silva (sobre a América Latina), Antonio Gaztambide e Eduardo Lalo (sobre o Caribe). Para maior clareza, o artigo será dividido em três partes: I. A invenção da América Latina, II. A invenção do Caribe, III. O Caribe e a América Latina, ou América Latina e o Caribe. Esta estrutura permitirá abordar ideias sobre a invenção da América Latina e depois ver o efeito global do Caribe na sua especificidade geográfica e histórica. O objetivo é refletir sobre estes espaços de criação identitária e a sua relação com os efeitos do colonialismo no continente.

**PALABRAS CLAVES:** invención; Caribe; América Latina.

**KEYWORDS:** invention; Caribbean; Latin America.

**PALAVRAS-CHAVE:** invenção; Caribe; América Latina.

## I. La invención de América Latina

En los siglos XX y XXI ha habido diversos acercamientos a la idea de la invención de América, y específicamente, de América Latina. Fue en el siglo XX que el concepto de Caribe comenzó a utilizarse para referirse a la región de países ubicados en el mar del mismo nombre, y a sumarse al concepto amplio de Latinoamérica. La idea de región del Caribe ha sido, pues, una invención sobre otra invención: la de América Latina. Ahora bien, ¿cómo se teje esa invención? ¿Por qué un escritor y estudioso como Eduardo Lalo se refiere a ella, sin más, como la “mala invención del Caribe”? El presente trabajo constituirá una aproximación crítica al tema de la invención del Caribe, viéndolo a través de la especificidad de su integración -o suma- a la invención de América Latina. Para llevarlo a cabo, acudiremos a diversas miradas, que se articulan desde los ámbitos particulares de la historia, la sociología y la literatura. Partiremos, especialmente, de las ideas de Fabricio Pereira da Silva y Arturo Ardao (sobre América Latina), Antonio Gaztambide y el propio Eduardo Lalo (sobre el Caribe)<sup>1</sup>.

Como parte del Diplomado en Estudios Latinoamericanos y Caribeños del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) en el 2023, la clase a cargo de Pereira da Silva llevaba como título “Desafíos teóricos, metodológicos y temáticos de los estudios sobre América Latina y el Caribe”. Allí, el profesor de Ciencias Políticas en la Universidad Federal del Estado de Río de Janeiro abordó la idea misma de América Latina. Para ello, comenzó planteando que si América Latina es una unidad, si hay alguna especificidad que exige la definición de otros métodos o disciplinas adaptadas al estudio de la región, hay que reducir las asimetrías en la producción de conocimiento<sup>2</sup>; hay que producir teorías y métodos propios, o al menos una adecuación más seria de teorías que, en todo caso, no son universales. Pereira incorpora como referente el texto *América Latina, una y diversa*, de Gerónimo de Sierra, el cual defiende la tesis a la que apunta el título: en América Latina hay *unidad en la diversidad*.

A partir de esa premisa -de *unidad en la diversidad*- de Sierra argumenta que para estudiar la región, la complejidad de las sociedades latinoamericanas exige “un tipo de teoría y de método que resista tanto la tentación simplificadora que borra las fuertes especificidades nacionales o subregionales como la tentación contraria, que disuelve

<sup>1</sup> Para estudios más amplios sobre los temas en cuestión, otros textos ofrecen ópticas diversas y valiosas. Entre ellos, destacamos *Territorio e descolonialidade: sobre o giro multiterritorial/de(s)colonial na “América Latina”*, de Rogério Haesbaert, y *Geopolítica de América Latina y el Caribe*, de Heriberto Cairo.

<sup>2</sup> Pereira puntualiza que hay una región del mundo que produce y otra que recibe, y eso pasa también por el conocimiento: las academias del Norte producen teorías y conocimiento con pretensiones globales, las academias del Sur las reciben, y son más empiristas que productoras de teoría.

el objeto de estudio en una casuística nacional absoluta y desagregada” (de Sierra, 2023, p. 627). Estas ideas evocan, en alguna medida, el discurso de síntesis e integración de Pedro Henríquez Ureña, quien en textos como *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* unía lo que en apariencia era disímil, en búsqueda de una identidad perdida y *nuestra*, de un “espíritu americano”. Desde esa perspectiva observaba, por ejemplo, que “dentro de la unidad de la América española, hay en la literatura caracteres propios de cada país” (Henríquez, 1928, p. 79). Los “caracteres propios” dan diversidad a una *unidad* espiritual primigenia; así, una vez el arte plasma esa unidad en la diversidad, se revela la plenitud de *nuestra expresión*<sup>3</sup>. A través de esa metáfora, Henríquez Ureña imprime un aliento romántico a la lectura de América. Esa es una de las diferencias fundamentales entre su texto y el de Gerónimo de Sierra (que además es muy posterior). De Sierra lleva a cabo un análisis de carácter científico social, desde el campo de la sociología y los estudios latinoamericanos, y se distancia de “cualquier tipo de romanticismo culturalista” cuando se refiere a la idea de “unidad” de la región. Ello no quiere decir que ubique a Henríquez Ureña en esa categoría (de hecho, él no menciona al intelectual dominicano en el texto citado), pero sí marca una diferencia importante en su mirada al tema de la unidad y diversidad de América Latina, mientras sigue un hilo temático que tiene larga historia en *nuestra América*.

Es el hilo al que da continuidad Pereira da Silva, quien se aproxima de manera concreta a la idea de diversidad cuando observa que es evidente que hay muchas distinciones entre las subregiones de América Latina. Hay diferencias sociales, culturales, lingüísticas, pero hay también alguna integración económica. Así pues, “hay muchas razones para que podamos hablar en una América Latina unida en la diversidad” (Pereira, 2023). Entre ellas, destaca una razón política importante, que es la integración. Es cuando llega a ese punto de la discusión que trae a la consideración el tema de América Latina como *invencción histórica* y como *construcción política*. Su modo de articularlo es contundente: “Hay que considerar que América Latina es una invencción histórica, es una construcción política”. La integración política requiere la construcción de una identidad, “y las identidades más allá de sus bases materiales, son creaciones” (Pereira, 2023), por lo cual necesitan una intención, una acción, una agencia de fuerzas políticas e intelectuales en esa dirección.

La identidad latinoamericana es, pues, una invencción. Eso no quiere decir que sea una falsedad (o falsificación) -aclara el estudioso- sino una *creación*: “América Latina es una creación. Tiene fecha: 1856” (Pereira, 2023). Entonces, (re)cuenta la invencción: 1856 es el año en el que se presenta la idea o se dice por primera vez «América Latina». Antes se hablaba de «América Meridional» o «América del Sur». Después de 1856, Martí hablará de «Nuestra América». En el siglo XX José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre hablan de «Indoamérica»; a fines del siglo XX y principios del XXI, la brasileña Lele González se consideraba *afroamericana*, y los pensadores indígenas que piensan la plurinacionalidad no hablan de América Latina, sino de «Abya Yala». América Latina tiene, pues, una fecha de origen, aunque sea un concepto en disputa con otros que continúan vigentes, y es una invencción de intelectuales latinoamericanos que estaban en Francia y de franceses: nace de una necesaria distinción entre una América anglosajona y una América Latina, en el contexto del interés del Segundo Imperio francés de Luis Napoleón de entrar en América Latina, y de la amenaza que representaban los Estados Unidos<sup>4</sup>. De manera que, en el siglo XIX, “por primera vez América Latina estaba en papeles. Es el nacimiento oficial del concepto” (Pereira, 2023)<sup>5</sup>.

3 Exploro más a fondo este tema en el artículo “En busca de nuestra crítica: a propósito de Pedro Henríquez Ureña, Ernesto Sábato y Ángel Rama”, publicado en la *Revista de Estudios Hispánicos* (2016, III, 2, p. 13-33).

4 Pereira provee más detalles del contexto histórico, que incluye el rol que jugó, por una parte, Michel Chevalier, y por otra, intelectuales latinoamericanos que estaban en Francia en aquel momento.

5 “Y desde entonces es un concepto en disputa, con otras ideas alternativas como de Indoamérica, por ejemplo, y también en disputa con una idea que busca un espacio geográfico más simple, que es la idea de panamericanismo, defendida en muchas conferencias, por muchas décadas, por Estados Unidos” (Pereira, 2023), aunque ahora emplee la de “interamericanismo”.

El filósofo e historiador uruguayo Arturo Ardao dedica un estudio muy completo al tema en su libro *Génesis de la idea y el nombre de América Latina* (2019). Allí, plantea que el nombre América Latina parte de la dialéctica aludida: América Sajona/América Latina, en el contexto de la amenaza imperial de los Estados Unidos en la región. El nombre se subsume, así, en el de América, es decir, en esa otra nominalización europea que es América. El filósofo refiere brevemente a esa génesis de *América*, y con ese fin puntualiza que la idea y el nombre resultaron de un proceso genético que ocurrió en tres etapas (en un período de quince años a partir del Descubrimiento): una etapa inicial inmediata, en la que “son inexistentes no sólo el nombre sino la idea misma de América” (Ardao, 2019, p. 22); una segunda, en que la idea aparece y actúa; y la tercera, en que hará lo propio el nombre (y en la que ya se expresa definitivamente la idea). Para Ardao, ese proceso se objetiva con claridad en la sucesión de la trilogía clásica: Indias, Nuevo Mundo, América, términos inventados para designar las tierras descubiertas a Europa por Cristóbal Colón. Como se sabe, este último las nombró Indias, concepto del que derivó Indias Occidentales y que respondía a su idea de haber llegado a Asia (tal como creyó hasta su muerte en 1506). Aún no existía, pues, la idea o el nombre de América, que surgió de una segunda etapa marcada por Américo Vespucio en su carta *Mundus Novus* (1503), tras su viaje descubridor del Río de la Plata y del litoral atlántico austral (1501-1502). Como bien observa Ardao, en esa epístola de Vespucio se registra por primera vez, de manera cierta, “la revolucionaria ideación por el hombre europeo de una nueva parte del mundo diferente de Europa, Asia y África. La verdadera idea de América como un Nuevo Mundo contrapuesto al Viejo, es entonces que realmente nace” (Ardao, 2019, p. 23); y esta revelación fue tan deslumbradora que, “apenas cuatro años más tarde, en 1507, el continente descubierto fue bautizado con el nombre de América, tomado del revelador” (Ardao, 2019, p. 23). Así aparece en una obra de 1507: *Introducción a la Cosmografía*, de Martín Waldseemüller, y se cumple con ello la tercera etapa, una vez reunido “a la idea el nombre llamado a encarnarla” (Ardao, 2019, p. 23).

Ardao se acerca luego a las pluralidades de América y a la particularidad de la expresión América Latina como sustantivo compuesto, que designa al conjunto de Américas de tres idiomas: español, portugués y francés. América Latina surgió como ese nombre compuesto entre americanos (cuya lengua materna era la española), quienes lo aplicaron al inicio solamente a Hispanoamérica y luego lo extendieron a las tres Américas de lenguas neolatinas. La designación Hispanoamérica, así como la más amplia de Iberoamérica, resultaron subsumidas en la aún más amplia América Latina o Latinoamérica<sup>6</sup>. Llama la atención que, a la luz del análisis de Ardao, la génesis del concepto pasa por la misma tríada de etapas que la de América; las enumeramos aquí teniendo en cuenta que comienza con la gestación de la Independencia: 1) todavía no existen la idea ni el nombre (de América Latina); 2) aparece la idea, pero aún no el término (1830-1850); 3) emerge el nombre (1856). La segunda etapa se extiende hasta el período en que franceses e hispanoamericanos adjetivaron *latina* a América, mientras que el acto de *nombrar* a América Latina sucede -como se reitera en la enumeración- a la altura de 1856, año en que el colombiano José María Torres Caicedo publicó el poema “Las dos Américas”; allí, el poeta nombra la raza de *la América latina* frente a la sajona. Para Ardao, este gesto es el “desenlace generacional de todo un proceso doctrinario, radicado primero en universal especulación romántica sobre el problema de las razas, y activado luego por las características y perspectivas de la ofensiva desencadenada desde el Norte” (Ardao, 2019, p. 105).

Luego de este recuento breve y panorámico del proceso genésico de América Latina, habría que preguntarse cuándo entra el Caribe a la nominación regional: «América Latina y el Caribe». En su libro *Território e descolonialidade: sobre o giro (multi) territorial/de(s)colonial na América Latina* (2021), Rogério Haesbaert establece lo siguiente:

<sup>6</sup> Al respecto, el historiador hace una observación muy importante: ninguno de los términos es excluyente ni excluido en su vínculo con los demás. Más aún, vienen a ser “no sólo compatibles y conciliables, sino también insustituibles. De ahí la permanente legitimidad de todos ellos” (Ardao, 2019, pp. 32-33).

*Geograficamente, o uso da expressão América Latina exigia explicar que se tratava de reunir o México (que, pela geografia física, encontra-se em sua maior parte na América do Norte), a América Central (ístmica e caribenha) e a América do Sul. A especificidade caribenha, com várias ilhas sob colonização não latina (inglesa, holandesa e até dinamarquesa), levaria mais tarde a explicitá-la na designação “América Latina e Caribe” –até hoje bastante utilizada, como no conhecido exemplo da Cepal, a “Comissão Econômica para a América Latina e o Caribe”–. (Haesbaert, 2021, p. 66)*

Una primera certeza revelada en esas palabras es la integración tardía del Caribe al concepto amplio de América Latina. Vale apuntar que algo similar ocurrió con Brasil, cuyas razones históricas resume Pereira da Silva en la segunda parte de la clase antes referida. Esa similitud abre espacio a la reflexión de las posibles tangencias entre la integración de Brasil y la del Caribe... Sobre esta última, hay que precisar que es tardía porque lo es también la creación misma del concepto Caribe para referirse a la región que reúne a Las Antillas y las costas del Mar Caribe. Ello nos lleva a otra génesis de nominalización: es del mar, precisamente, que se toma el nombre para denominar al espacio geográfico, pero ¿cómo llegó a nombrarse así al Mar Caribe? ¿Qué tiene que ver ese dato etimológico con lo que Eduardo Lalo describe como “la mala invencción del Caribe”? En el próximo apartado exploraremos, pues, la invencción sobre la invencción: el Caribe.

## II. La invencción del Caribe

Al comienzo de la conferencia aludida, el escritor y profesor de literatura en la Universidad de Puerto Rico, Eduardo Lalo (2019), anticipó que se referiría al título más adelante porque todas las palabras que lo integran son polémicas. Prosigue, entonces, con el primer acercamiento al tema, mediante la mención de la circunnavegación del capitán francés Louis-Antoine de Bougainville, y de los pasajes de su *Viaje alrededor del mundo* (1771) en los que describe a poblaciones aborígenes, sobre lo cual afirma Lalo:

*Es como si la mirada europea se hubiera convertido en piedra en la mañana del viernes 12 de octubre de 1492, cuando Colón desembarcó junto a sus capitanes en una playa de las islas Lucayas [...] Y en todas partes, estos nuevos exploradores del planeta temen el encuentro con el personaje que nació en el primer viaje de Colón. No solo es un hijo del Caribe, este personaje, que a la larga, corrompido e incierto, es utilizado para nombrar la región [...] El caníbal, inventado por Colón en 1492, precedió a los europeos en todos sus viajes de conquista. (Lalo, 2019)*

Tal como había anunciado, Lalo dedica un espacio breve al examen de los términos del título. Sobre el adjetivo “mala”, señala la existencia de un procedimiento cuestionado, abierto a la reinterpretación y la reescritura; sobre “invencción”, advierte que de entrada lleva a la historicidad del fenómeno: “El Caribe no es un hecho natural, sino una construcción, obrada por los dominadores de un discurso, en este caso, el de Occidente”. Y “Caribe” lleva a la problemática del nombre mismo y del que lo impuso; por eso afirma que es un concepto que puede contener diversos prejuicios. A partir de ese momento, Lalo lleva a cabo una lectura muy *todoroviana* de Cristóbal Colón, y específicamente de su *Diario de viajes*. Hay un prisma heredero del análisis desarrollado en *La conquista de América. El problema del otro* (1982), texto fundamental del historiador, teórico, lingüista y crítico búlgaro-francés Tzvetan Todorov. En su primer capítulo, que dedica a la figura de Colón, Todorov plantea que toda la información que nos llega de Colón “está viciada por el hecho de que Colón ya ha decidido de antemano sobre todo” (Todorov, 2000, p. 49). Esto ocurre debido a su “estrategia finalista”, a través de la cual Colón interpreta los signos de la naturaleza,

y luego de las poblaciones originarias, en función de sus intereses; así, su estrategia “no consiste en buscar la verdad, sino en encontrar confirmaciones para una verdad conocida de antemano (o, como se dice, en tomar sus deseos por realidades)” (Todorov, 2000, p. 28). Para Todorov, en esa experiencia de “extrañeza radical” que fue el llamado descubrimiento, a Colón nunca lo acompañó una voluntad de comprensión real de la alteridad.

La (re)lectura de estas ideas del teórico -y de otras muchas partes de su capítulo- permite apreciar mejor su huella en el análisis de Eduardo Lalo, para quien el habitante del Caribe, específicamente, es “la alteridad máxima, el bárbaro más extremo, el salvaje más abyecto por estar radicalmente alejado de lo civilizado” (Lalo, 2019). Ahora bien, ¿cómo llega al “habitante del Caribe”, y a la invención relacionada con la persona misma, y por extensión, a la región geográfica y marítima? El escritor recurre a dos referentes explícitos centrales: los historiadores Carl Owen Sauer y Antonio Gaztambide. Del primero trae la afirmación de que el Caribe fue el mar que permaneció más tiempo sin nombre, a pesar de ser el mejor conocido del Nuevo Mundo; del segundo, recupera un dato que es también fundamental: incluso la existencia del término Caribe resulta en extremo tardía; en tanto denominación geográfica, “el Caribe es un invento del Siglo XX”. El escritor cita un ensayo que será muy iluminador, también, para el presente trabajo: “La invención del Caribe a partir de 1898 (las definiciones del Caribe revisitadas)”, de Gaztambide. De acuerdo con este, pues, no siempre se le ha denominado Caribe al mar ubicado al Sur de las Antillas Mayores; la invención inicia en la transición de la hegemonía europea a la estadounidense en nuestra región.

Para comenzar a historiar el término *caribe*, Gaztambide acude también a Colón, pues la primera traducción del término *caribe* a una lengua europea se remonta al diario de su primer viaje a América (en 1492). En el diario, Colón escribió acerca de unos «caribes» o «caníbales», y durante el viaje de ese año -como el del 1493- los identificó como habitantes antropófagos de lo que en la actualidad denominamos Antillas Menores y otras partes del Nuevo Mundo. Como afirma el estudioso, “comenzando con el propio Colón, los europeos bautizaron «caribes» a los aborígenes que resistieron la conquista de sus tierras ancestrales en las Antillas. Luego les sumaron otros amerindios a quienes querían «rescatar para la evangelización», léase esclavizar en sus minas, pesquerías de perlas y siembras. Al redefinir el término, los españoles mezclaron mitos americanos y europeos con algo de realidad” (Gaztambide, 2006, p. 3).

Lalo traza, por su parte, un recorrido lingüístico e histórico por el nombre *caribe*, comenzando por la primera mención similar, que es la del *Cavila*. Recuerda, en ello, que el primero de noviembre de 1492, todavía en tierras de Cuba, Colón enuncia la primera etapa de la elaboración de este concepto, determinante para la región, y que acabará adquiriendo la forma de la voz *caníbal*. Hasta ese momento, en el *Diario de Colón* solo había mención de “hombres desnudos” o “gente”, y solo en una ocasión previa se había mencionado “indios” (y había sido en la glosa de Las Casas). Entonces aparece *Cavila*, afirma Lalo: “Cavila será el primer tímido intento de atribuirles un nombre identitario a las poblaciones que se encuentran en el Caribe. Este nombre, sin embargo, será víctima de lo que podríamos llamar la pasión asiática de Colón, y el navegante convertiría una posibilidad de comunicación, o a lo sumo algo mal o precariamente entendido en una conclusión indudable” (Lalo, 2019). Así, para Lalo, en un mundo en el que están naciendo o a punto de nacer en la bitácora de Colón los “indios”, Colón comienza a *tartamudear la manera de nombrar al otro*, que se fantasea como un enemigo común. Por otra parte, a juicio del escritor es significativo que el día siguiente de que comenzara el viaje lexical iniciado en *Cavila* desemboque finalmente en *caníbal*, término que quedará asociado en tanto que sinónimo con *caribe*, “hechos estos que forman los primeros estadios de la descripción de un nombre para los americanos” (Lalo, 2019).

Un ejercicio de lectura similar lo había llevado a cabo Roberto Fernández Retamar en su conocido ensayo *Caliban*<sup>7</sup>. Mediante la interpretación de los personajes de *La tempestad*, de William Shakespeare, y en particular, del que titula el ensayo -como anagrama de “caníbal”- se pregunta: “¿qué es nuestra historia, qué es nuestra cultura, sino la historia, sino la cultura de Caliban?” (Fernández Retamar, 2003, p. 43). Para llegar a esa pregunta -que es a la vez una afirmación- el escritor cubano remonta su análisis, también, al *Diario* de Colón, en el cual “aparecen las primeras menciones europeas de los hombres que darían material para aquel símbolo” (Fernández Retamar, 2003, p. 26). Una vez traza brevemente el recorrido lingüístico que va de “caniba” a “caribe”, se centra en otro tema que también abordará Lalo: el contraste entre la imagen del *caribe/caníbal* y la del *arauaco*, “a quien [Colón] presenta como pacífico, manso, incluso temeroso y cobarde” (Fernández Retamar, 2003, p. 28). Apunta que ambas visiones de “aborígenes americanos” se difundirán vertiginosamente por Europa (y conocerán desarrollos singulares); Lalo, por su parte, calificará la dicotomía como “históricamente artificial” (Lalo, 2019).

¿Lo será también la palabra Caribe? Gaztambide echa una mirada sobre el concepto para nombrar la región. Según aduce, un vistazo a la cartografía de América en sus primeras tres centurias demuestra que no siempre se le llamó Caribe al Caribe. En el siglo XVI, se bautizaron golfos, mares y océanos; en la terminología de europeos y navegantes, el Caribe se confunde con el Atlántico Norte, pero un mapa francés detalló un *Mer des Antilles*. Mientras tanto, España seguirá refiriéndose a “las Indias” hasta su “pérdida irremediable”. Gaztambide continúa con el siguiente dato: a mediados del siglo XVII, un nuevo mapa del mundo y otro mapa holandés perpetúan la identificación del Caribe como Mar del Norte. Sin embargo, el mapa inglés presenta una diferencia significativa: *entre Norte y Sur América*; los demás europeos continúan refiriéndose a «Septentrional» y «Meridional»<sup>8</sup>. El historiador observa que quienes empezaron a emplear el concepto *Caribbean Sea* fueron “criollos angloamericanos”, algunos anglosajones, y los europeos. Los ingleses se referían a ellas como Caribby [o Caribbee] Islands desde los comienzos de su proceso de conquista y colonización en la región de las Antillas Menores. Más adelante, West Indies es el concepto que predomina entre ellos. Daneses, además de otros europeos, “participaron del bautismo, distinguiendo algunos de ellos, reveladoramente, a las Antillas Menores como únicas «Caribes»” (Gaztambide, 2006, p. 5). A partir del siglo XIX se comienza a distinguir con mayor claridad mares y océanos; entre ellos, un «Mar de las Antillas»; luego, un Mar Caribe. En un contexto de revoluciones, “el cambio en la terminología estaría preñado, como los contrastes anteriores, de la geopolítica detrás de la geografía” (Gaztambide, 2006, p. 6). Lo que prosigue en el texto es muy interesante y revelador:

*Irónicamente, cuando los caribes, mezclados con los africanos, habían sido reducidos a reservaciones en Martinica y Dominica o exilados a la costa de los Mosquitos y Honduras por los británicos, se perpetuaron en la historia bautizando el mar que tan bien domaron. Fueron, sin embargo, los franceses quienes subrayaron la descendencia directa, hablando de un Mer des Caraïbes o Mar de los Caribes. Los hispanoamericanos también rescataron a los caribes y al Caribe como definición de ese mar de conquista y pillaje, luego de piratas, corsarios y contrabandistas, y finalmente de escenario secundario, de sus guerras de independencia. Y lo que resulta más importante, los americanos comenzamos a definir una geopolítica americana y, con ella, una nueva geografía. (Gaztambide, 2006, p. 7)*

Después de aludir al rol del Caribe como retaguardia militar para las guerras de independencia en América Latina, el ensayo se dirige a la etapa del expansionismo post-esclavista estadounidense, que comenzaba por entonces a definir el Caribe como región (y a mirar a América del Sur a través de ese prisma). Era el momento del

<sup>7</sup> El texto fue publicado originalmente en la revista *Casa de las Américas* en 1971.

<sup>8</sup> La situación se repite a mediados del Siglo XVIII en un mapamundi francés.

establecimiento de una política «panamericana», acorde con la Doctrina Monroe. Ese es, para Gaztambide, “el contexto del Caribe que se inventó a partir de 1898” (Gaztambide, 2006, p. 10), pues antes de convertirlo en su “traspatio”, los Estados Unidos no “hablaban consistentemente de un Mar Caribe, mucho menos de una región Caribe” (Gaztambide, 2006, p. 10). La invención del Caribe como región resultó, pues, de la incursión del país norteamericano como potencia dominante (pero no fue, puntualiza el historiador, una acción consciente o consistente de su parte). Después del 1898 se definieron *muchos Caribes*, unos “por los imperios y otros de frente a los imperios, unos exclusivamente geográficos, académicos o intelectuales, y todos más o menos teñidos de geopolítica” (Gaztambide, 2006, p. 10).

Todo ello nos lleva de vuelta, por un momento, a “La mala invención del Caribe”, en la que Lalo destaca el vacío de dos siglos en la denominación de la zona. Para él, ese extenso vacío demuestra su “marginalidad” e “invisibilización”. Por eso subraya la importancia de examinar la genealogía de estos términos, que a su juicio “constituyen un cúmulo nefasto de errores y malas interpretaciones que, a pesar de todo, llevarán a construir los términos que nombran y mal entienden a la región y sus culturas hasta el día de hoy. El colonialismo caribeño fue, desde sus mismos inicios, un holocausto conceptual” (Lalo, 2019). Ya nombrados a partir de la mala interpretación -y del prejuicio- podemos preguntarnos si debemos reinventar nuestros nombres o asumir los asignados, pero esto último como acto de resistencia, como propone a su modo Fernández Retamar: si *somos Caliban*, revertimos la imagen infamante, resistimos el “holocausto conceptual”.

### III. El Caribe y América Latina, o América Latina y el Caribe

Cuando Antonio Gaztambide mira los *muchos Caribes*, procede a categorizarlos en tres principales tendencias (a la que añade luego una última). Claro está, se concentra en el Caribe como región geográfica, en el uso del concepto del siglo XX y en el fundamento geopolítico de las tendencias, que son, a saber: 1) el Caribe insular o etno-histórico, 2) el Caribe geopolítico, y 3) el Gran Caribe o Cuenca del Caribe. La tendencia que añade después es: 4) un Caribe cultural. Para propósitos de este trabajo, nos concentraremos en las primeras dos tendencias. A la hora de explicar la primera, el historiador se sitúa en las guerras de independencia, la lucha antillana, y particularmente el rol de José Martí en la advertencia de la amenaza que representaba Estados Unidos para *Nuestra América*, y su visión del archipiélago como muro contra el expansionismo del imperio norteamericano. Una importante afirmación nos ubica entonces en la idea del Caribe como *invención sobre invención*: “Este Caribe, aunque definido de modos diversos, es una idea latinoamericana, incluidos los francófonos. ¿Cuándo se comienza a hablar de «Caribe», aunque se refiera a las Antillas? Su uso coincidió con el expansionismo estadounidense y llevó al cuestionamiento -reveladoramente- de la utilización misma del concepto” (Gaztambide, 2006, p. 11).

Resulta interesante que, por otra parte, el espacio dedicado al “Caribe geopolítico” parezca explicar la combinación América Latina y Caribe desde la perspectiva estadounidense. Y es que cuando Estados Unidos hablaba de políticas relacionadas con el Caribe, hablaba de América Latina. No había distinción: “Al menos hasta hace unas décadas, la política «caribeña» del gobierno de Estados Unidos no sólo era indistinguible de aquella hacia América Latina sino que en gran medida era la política latinoamericana de ese país” (p. 14)<sup>9</sup>. Después de la Guerra Mundial, este estado de cosas prosiguió, según Gaztambide: quienes diseñan esa política internacional miraban -y en alguna medida miran- a Latinoamérica con el lente de sus relaciones con el Caribe, así como de sus percepciones sobre la región caribeña. Esta conserva, así, “una centralidad en las políticas y las relaciones, de modo que cuando se habla de la política latinoamericana se demuestre mayor sensibilidad refiriéndose a

<sup>9</sup> Aclara Gaztambide que esto último es cierto sólo si se entiende por diplomacia «caribeña» la dirigida a las repúblicas.

América Latina y el Caribe o distinguiendo entre ellos, aunque esto todavía no se ha generalizado” (Gaztambide, 2006, p. 14).

Claro que, para el historiador, esta es la tendencia que menos eco tiene en la región. No obstante, las élites de las potencias reactivaron las «vocaciones caribeñas» o «intereses preeminentes» en la región ante la contraofensiva estadounidense (Gaztambide, 2006, p. 11). Irónicamente -añade- “por lo menos partes importantes de Colombia y Venezuela han sido siempre parte del Caribe. Pero entonces, por lo menos las élites dominantes de esos países quisieron reacerarse al Caribe por sus propias aspiraciones o temores geopolíticos. Es decir, que incorpora, además de la geopolítica de la hegemonía, la geopolítica de la resistencia” (Gaztambide, 2006, p. 16). Así pues, a la “fuerza de redefinición regional” -hacia el “Gran Caribe”- la constituyó la reacción de la región, más que las acciones de Estados Unidos. Ello emparenta, a nuestro juicio, a la segunda tendencia (del Caribe geopolítico) con la primera (del Caribe insular), en especial cuando para esa primera tendencia se planteaba la metáfora del archipiélago como “retaguardia militar” y “muro de contención” antiimperialista. La “geopolítica de la resistencia” responde, pues, a otra idea del Caribe integrado -o como parte integral del subcontinente- con el fin de *resistir* a -o impedir el avance de- todo expansionismo imperialista.

Pero si de metáforas se trata, habría que pensar, también, la del Caribe como emblema de *la unidad en la diversidad*. Decir América Latina y el Caribe es insistir en esa idea, invencción sobre invencción, y en la existencia misma de la materialidad de los espacios y las gentes que lo habitan. Porque, como afirma Fabricio Pereira da Silva: “Si definimos que América Latina es una, más allá de una inmensa diversidad, habría que discutir la identidad latinoamericana, porque no existe unidad sin identidad. Este elemento político cultural [...] es central. No hay una región sin la percepción de que existe esta región” (Pereira, 2023). Toda reflexión en esta y otras direcciones vale la pena. La de la existencia de América Latina -o de su cultura- recuerda, eso sí, la anécdota que narraba con ironía Fernández Retamar al comienzo de su *Caliban*, a propósito de una pregunta de un periodista europeo:

*“¿Existe una cultura latinoamericana?” [...] La pregunta me pareció revelar una de las raíces de la polémica, y podría enunciarse también de esta otra manera: “¿Existen ustedes?” Pues poner en duda nuestra cultura es poner en duda nuestra propia existencia, nuestra realidad humana misma, y por tanto estar dispuesto a tomar partido en favor de nuestra irremediable condición colonial, ya que se sospecha que no seríamos sino eco desfigurado de lo que sucede en otra parte. (Fernández Retamar, 2003, pp. 21-22)*

¿Debemos replantearnos, entonces, el acto de preguntarnos por nuestra propia existencia? Habría que reiterar: toda reflexión en esta y otras direcciones vale la pena, aun si parece que así negamos nuestra existencia. No la negamos, sino que indagamos sobre ella. La indagación se convierte en un posible accionar futuro, en la medida en que invita a pensar sobre la necesidad de la *unidad*. Afirma Pereira da Silva: “América Latina puede existir materialmente, en algunos aspectos, pero si no hay una identidad latinoamericana, de hecho, ella no existe, porque no actúa como si fuera una unidad, y si no actúa como si fuera una unidad, no tiene fuerza [...], no tiene autoconciencia”. ¿A qué puede llevar ese hilo de pensamiento? Aunque no se lo proponga de esa forma, puede que lleve a la afirmación de la identidad, y con ella de la *unidad en la diversidad* como realidad compleja y como fuerza. Esas características, amalgamadas, propenden luego al accionar, acaso como una sutil propuesta política de *resistencia*.

## Referencias

- Ardao, Arturo. (2019) *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*. México: Centro de Investigaciones sobre América y el Caribe.
- de Sierra, G. (2017). América Latina una y diversa. En *Cincuenta años de sociología política. Uruguay y América Latina. Antología esencial* (pp. 615-628). Buenos Aires: CLACSO.
- Fernández Retamar, R. (2003). *Caliban*. San Juan: Ediciones Callejón.
- Gaztambide, A. (2006). La invención del Caribe a partir de 1898 (Las definiciones del Caribe revisitadas), *Jangwa Pana*, 5, nov., 1-23.
- Haesbaert, R. (2021). *Território e descolonialidade: sobre o giro (multi) territorial/de(s)colonial na América Latina*. 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO.
- Henríquez Ureña, P. (1928). *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*. Buenos Aires: Madrid: Babel.
- Lalo, E. (2019). "La mala invención del Caribe". UPRRP TV. Youtube. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=Hn8HjD0CdBc> [Fecha de consulta: 27/03/2024].
- Pereira da Silva, F. (2023). "Desafíos teóricos, metodológicos y temáticos de los estudios sobre América Latina". CLACSO TV 2. Youtube. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=Vq-KtkiHDwo&t=211s> [Fecha de consulta: 7/03/2024].
- Todorov, T. (2000). *La conquista de América. El problema del otro*. México: Siglo XXI Editores.